

Artículo del profesor Claudio Véliz, publicado en el primer número de la revista Estudios Internacionales:

El Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile

Claudio Véliz fue fundador y Director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile (1966-1972). Entre 1962 y 1965 ocupó el puesto de Senior Research Fellow en el Royal Institute of International Affairs de Londres. Es autor de una Historia de la Marina Mercante de Chile (Santiago, 1961), y dirigió la preparación de *Obstacles to Change in Latin America* (Londres, 1965), y *The Politics of Conformity in Latin America* (Londres, 1967).

Aun cuando durante el siglo XIX y las primeras décadas del actual, las naciones de América Latina desarrollaron una activa y compleja diplomacia, y se preocuparon preferentemente de sus respectivos problemas internacionales, ninguna alcanzó suficiente poderío o importancia como para influir de modo significativo en los asuntos políticos mundiales. No por esto es menos interesante la experiencia acumulada durante ese período: un siglo de ejercicio notablemente libre de una política internacional independiente dejó huellas profundas tanto en la idiosincrasia de los grupos dirigentes como en la tradición histórica de estas naciones. La experiencia política internacional de América Latina es un microcosmos que incluye varias guerras internacionales, arbitrajes, pactos y alianzas, diplomacia secreta, intentonas expansionistas y complicados sistemas de balanzas y equilibrios de fuerzas militares.

Todo esto contribuyó a formar una robusta pero sofisticada tradición aislacionista que dependía –en la práctica– no solo de la relativa debilidad de cada una de estas naciones, sino también del convencimiento de que esta parte del mundo era realmente independiente de los intereses, rencores y amistades que determinaban el curso de la política mundial.

Este convencimiento se afirmó decididamente durante los difíciles años de 1911 a 1918, cuando las principales naciones de América Latina mantuvieron una actitud de estricta neutralidad.

Es posible que la crisis de 1929 haya marcado el principio del fin de este aislacionismo. El fenómeno económico que remeció las bases de la estructura institucional de América Latina tuvo orígenes lejanos que escaparon a toda injerencia nuestra. Después de 1929, ni el más testarudo pudo permitirse cerrar los ojos a lo que ocurría fuera del continente: partidos populistas, agrupaciones de ideario importado, frentes populares y movimientos reformistas, todos empezaron a mirar hacia afuera, esta vez no en busca de modelos para imitar, sino genuinamente interesados en el rumbo de la política mundial y empeñados en lograr voz y voto en su determinación. Incluso, es importante anotar, el primer centro para el estudio de los asuntos internacionales de que se tenga memoria en América Latina, de efímera existencia, fue fundado por un grupo de chilenos hacia las medianías de la década de 1930.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial puso fin a todo esto, al congelar la actividad diplomática y dividir al mundo en mitades que se excluían absolutamente.

La Guerra Fría prolongó la forzada inmovilidad política internacional, privando a los países de América Latina de la posibilidad real de examinar críticamente sus respectivas posiciones en el concierto mundial y tratar de establecer las bases para una política exterior independiente y con proyecciones que alcanzaran fuera del ámbito del continente. Durante este período, las actitudes, planteamientos e intereses de los contendores eran perfectamente predecibles e incompatibles; incluso hubo quienes consideraron que no era prudente ni permisible acercarse a estudiar estos problemas desde un punto de vista estrictamente académico.

Esta situación ha cambiado fundamentalmente: entre los primeros síntomas del conflicto chino-soviético y la ahora famosa conferencia de prensa del Presidente De Gaulle, en enero de 1963, se inició el fin de la Guerra Fría, generalizándose a ambos lados de la difunta "Cortina de Hierro" una clara tendencia policentrista que indudablemente ha significado un retorno de la fluidez a los asuntos políticos internacionales. Los dos gigantes termonucleares se encuentran paradójicamente inmovilizados, tanto por la tremenda responsabilidad que implica la posesión de tan grande poder destructivo, como por la orfandad ideológica y la falta de dirección en que quedaron sumidos cuando, simultáneamente al disminuir sus recelos mutuos, se debilitó también el imperativo primordial de la elaborada política de Guerra Fría. Hoy incluso es posible

sostener que el desafío político planteado por China es tanto o más importante para la Unión Soviética como la rivalidad de los Estados Unidos. Asimismo, no sería extraño que los Estados Unidos se sintieran más desafiados por la posición política de Francia que por la de Rusia. Ya no es posible continuar analizando las relaciones entre las naciones en función de la existencia de dos bloques monolíticos de poder que abrazan ideologías absolutamente incompatibles. Por el contrario, las demandas prácticas de la política internacional han atenuado considerablemente el celo doctrinario de las dos grandes potencias y han dado a su gestión política externa un acentuado tono empírico. Esto ha acompañado al retroceso de la marea alta de la Guerra Fría que ha dejado al descubierto las cumbres elevadas de los intereses nacionales, sumergidas durante las dos décadas en que la proliferación de arreglos supranacionales defensivos y ofensivos, hicieron creer que se encontraba en marcha una decidida tendencia internacionalista.

Hoy día parece probable que el nuevo complejo político mundial será construido precisamente sobre la apreciación, más o menos bien entendida, de estos intereses nacionales.

Esta extraordinaria y paradójica restauración de la libertad de manobra, luego de tan prolongada inmovilidad, representa una oportunidad de desarrollar una política exterior dinámica e influyente en el concierto mundial, que los países principales de América Latina parecen dispuestos a aprovechar. Tal situación traerá consigo responsabilidades de importancia creciente y, entendiéndolo así, el Rector de la Universidad de Chile y el Honorable Consejo Universitario, convinieron en que la Universidad debía interesarse en forma eficiente y sistemática en la investigación de los problemas de las relaciones internacionales, y en la divulgación de datos y conceptos serios sobre estos asuntos.

Para cumplir estos propósitos se creó el Instituto de Estudios Internacionales en 1966 y aparece ahora el primer número de la revista trimestral, *Estudios Internacionales*.

Es imposible ignorar el hecho de que la creación de este Instituto coincide con un momento interesantísimo y pleno de posibilidades en la historia política de América Latina. Esta situación favorable acarrea también riesgos importantes; abundarán las presiones para que el nuevo centro de estudios se incline en esta o aquella dirección, apoye tales o cuales políticas o exprese indirectamente su aprobación para determinadas tendencias en el panorama político mundial. Por esto es de gran importancia el hacer notar que el Instituto, además de participar de la tradicional independencia que ha caracterizado las actividades de la

casa universitaria principal de la nación, ha sido planeado esencialmente como un centro interdisciplinario para trabajar en estrecha colaboración con las cuatro facultades universitarias que se preocupan de adelantar los estudios en disciplinas afines al campo general de las relaciones internacionales y la historia contemporánea. Además, dentro de la estructura administrativa de la Universidad de Chile, el Instituto depende directamente de la Rectoría y del Honorable Consejo Universitario, asegurándose así la autonomía que otorga seriedad, desinterés y rigor académico a sus trabajos.

El nuevo centro tiene parentesco enorgullecido con los principales institutos del mundo en que se estudian estos problemas; en su formación ha tenido un papel importantísimo el apoyo sostenido del *Royal Institute of International Affairs*, de Londres, y del *Centre d'Études de Politique Étrangère* de París.

Sin embargo, es útil aclarar, ninguno de estos dos famosos centros ha servido como modelo absoluto para la creación del nuevo Instituto. Tanto la organización interna como las relaciones con el Gobierno y con los sectores principales de la vida nacional han sido planteadas sobre una base estrictamente pragmática y lo más acorde posible con las necesidades académicas y las posibilidades que encierra nuestro conglomerado nacional y latinoamericano; se ha tomado la experiencia valiosa acumulada durante varias décadas en Europa y se ha modificado de acuerdo con las demandas funcionales que plantea nuestro medio.

Por ejemplo, aun cuando el Instituto es esencialmente un centro de investigación, también cumplirá una función docente al nivel postgraduado, a diferencia del *Royal Institute of International Affairs*, sencillamente porque tal función es necesaria en nuestro país y continente. Esto no quiere decir que el Instituto quiera transformarse en centro de adiestramiento para quienes se interesen por la carrera diplomática. En primer lugar, ya existe un prestigioso plantel —la Academia Andrés Bello del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile— que llena este cometido en forma perfectamente adecuada. En segundo lugar, los cursos del Instituto no seguirán programas regulares ni pretenderán de modo alguno cubrir el campo de las relaciones internacionales en forma sistemática o exhaustiva. Por ejemplo, en 1967 algunos de los cursos versarán sobre la situación política en el sudeste de Asia, África al Sur del Sahara y Europa, mientras que otros tratarán de explicar las complejidades de la situación económica internacional de América Latina. En 1968, se ofrecerán dos nuevos ciclos; uno estará dedicado a examinar aspectos de los procesos de integración europeo y latinoamericano, y el otro

consistirá en varios cursos sobre la política exterior de los principales países de América Latina.

Además de estos cursos, el Instituto ha buscado otros medios para poder desempeñar una función docente efectiva y de alto nivel, que contribuya al enriquecimiento del pensamiento sobre estos problemas. Conjuntamente con el *Centre d'Études de Politique Étrangère*, de París, por ejemplo, se está organizando un seminario especializado que se reunirá en Arica, en enero de 1968, para analizar en detalle la experiencia europea en materia de integración política y económica, con el caso de América Latina en mente. Se contará, en esta oportunidad, con la participación de algunos de los principales arquitectos del Mercado Común Europeo y muchos de los que hoy día en América Latina buscan el camino de la integración.

Asimismo, funcionarán en forma regular en el Instituto un seminario sobre problemas contemporáneos de América Latina y un Grupo de Estudios sobre política internacional.

Para adelantar todos estos proyectos y cumplir eficientemente las tareas programadas, el Instituto ha buscado la cooperación de centros dedicados al estudio de disciplinas afines en América Latina y el resto del mundo, así se están estableciendo estrechas relaciones de consulta y colaboración —además de los institutos mencionados— con el *Institut des Sciences Economique Appliquees*, el *Institut du Developpement Economique et Social*, ambos de París; el Instituto Otto Suhr, de la Universidad de Berlín; el Instituto Arnold Bergstraesser, de la Universidad de Freiburg; el Instituto para la Integración de América Latina, de Buenos Aires; el Instituto Brasileño de Asuntos Internacionales; el Colegio de México y la *London School of Economics and Political Science*.

Desde sus comienzos, el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile tiene relaciones funcionales con los principales centros en que se analizan estos problemas. Esto le da acceso a los más elevados niveles del pensamiento mundial sobre las relaciones económicas y políticas entre las naciones, y resulta en una corriente continua de renovación y crítica que asegura el rigor académico sobre el que se fundamentarán sus trabajos de investigación.

El primer centro mundial para el estudio de los problemas internacionales contemporáneos fue el *Royal Institute of International Affairs*, que nació a la sombra de las negociaciones de Versalles en 1919 y tenía como indisimulado propósito el contribuir a la mantención de la paz mundial. El nuevo Instituto de Estudios Internacionales no tiene propósitos normativos comparables. Estimando que la satisfacción de la curio-

sidad inteligente del hombre no necesita justificación, pretende dedicar sus mejores esfuerzos al análisis de los procesos políticos y económicos contemporáneos que más honda marca dejan en la historia internacional de nuestro tiempo.

Así como es encomiable que una universidad que se respete dedique tiempo y esfuerzo a la clasificación exhaustiva de aves y batracios, asimismo es lícito y deseable que invierta recursos en el adelanto de la investigación científica de las causas y consecuencias del sistema *apartheid* en la República Sudafricana; del conflicto de Vietnam; la emergencia en Aden, o el proceso de integración latinoamericano. Y todo esto no por un falso empirismo que sugiera que tales estudios conduzcan a políticas exteriores más acertadas o cosas por el estilo, sino sencillamente porque estos son conflictos, procesos y situaciones que envuelven el destino, la vida y la muerte de miles y millones de seres humanos, y las actividades de nuestros congéneres deben ser siempre, y esencialmente, objeto de la más elevada y digna preocupación académica.